

EL RELATO INTIMISTA Y LA LITERATURA PETROLERA

*Di Mare, María Fabiola**
Universidad de Los Andes
Venezuela

Resumen

La literatura sobre el petróleo en Venezuela ha estado asociada a un cuestionamiento y al binomio Gómez-petróleo que ha recreado una imagen negativa acerca de la tiranía y el uso irracional del recurso petrolero. La tradición de la narrativa petrolera ha tendido a representar la dominación de las compañías extranjeras y la pobreza circundante que generan las mismas. Pero la corriente actual comienza a dar paso a la subjetividad, y en esa tendencia se inserta Antonio López Ortega, quien quiebra el concierto de males y denuncias y desprecia los temas recurrentes de explotación y dominación, para adentrarse en una narrativa intimista, plena de imaginación, de un pasado remoto y fugaz. Se observará que la búsqueda de nuevos temas y estilos narrativos llevan incluso al escritor a despreciar el aporte de otros autores que representaron el fenómeno petrolero venezolano.

Palabras clave: petróleo, tradición, vida, niñez, intimidad.

Abstract

The literature on petroleum in Venezuela has been associated with a questioning and the binomial Gómez-petroleum that has recreated a negative image about the tyranny and irrational use of petroleum companies. The narrative tradition of petroleum has tended to represent the domination of foreign companies that generate poverty surrounding them. But the current trend begins to give way to the subjective, and that trend is inserted Antonio López Ortega, who breaks the concert of negative events and complaints and despises the recurring themes of exploitation and domination, to go into intimate narrative, full of imagination, full of distant past and fleeting. You will notice that the search for new themes and narrative styles have even the author to neglect the contribution of other authors recognized and even attempted to explain and portray the Venezuelan petroleum phenomenon.

Keywords: petroleum, tradition, life, childhood, intimacy.

*Docente e investigadora de la Universidad de Los Andes - Núcleo "Rafael Rangel". E-mail: fdimare@ula.ve
Finalizado: Trujillo, Enero-2009 / Revisado: Abril-2009 / Aceptado: Julio-2009

La literatura del petróleo en Venezuela se ha asociado a un cuestionamiento. Hay en esta narrativa un marcado acento crítico, signado por la exaltación, el señalamiento o el choque de aspectos discursivos de honda negatividad. Debido a la influencia de intelectuales como Alberto Adriani, se ha concebido al petróleo como el causante de los males del país, como el estigma que llevan los venezolanos por una riqueza acaudalada que brotó de la tierra sin el mayor esfuerzo.

En la narrativa venezolana se ha establecido tradicionalmente una conexión entre la explotación petrolera de las transnacionales con la colonización española. Además, desde el comienzo del boom petrolero, la narrativa en relación a este tema ha estado signada por el binomio Gómez-petróleo, es decir, la tiranía y el uso de este recurso natural para imponer la hegemonía de un gobierno que favoreció al imperialismo.

Udón Pérez, Hesnor Rivera, Simón Petit, Víctor Valera Mora, Ramón Díaz Sánchez, entre otros, son escritores significativos de esta tendencia a representar la dominación de las compañías petroleras y la agresividad e invasión imperialista en suelo patrio. Para Pérez Schael (1993), *Mene*, es una de las novelas que ha sobrevivido y se ha instalado en el imaginario colectivo, al punto de ser lectura obligada en el sistema escolar venezolano, por tratar temas que ya se han vuelto recurrentes: el extranjero, la dominación, el trabajo, la modernidad y la sexualidad.

En relación a esa temática de dominación, Dávila (1996) manifiesta que estos temas recurrentes en la narrativa del petróleo venezolana, se deben en parte a la necesidad que vieron unos intelectuales de buscar una identidad cultural y “reafirmar los valores espirituales de su lengua, tradiciones y nacionalidad” (Dávila, 1996: 125).

Sin embargo, las nuevas corrientes de la literatura en relación al petróleo están dando paso a relatos intersubjetivos sobre vivencias personales. Un escritor representativo de

esta tendencia es Antonio López Ortega, quien rompe con los temas tradicionales que trataron intelectuales, escritores, políticos y especialistas en el ámbito petrolero a lo largo del siglo XX. Este autor quiebra el concierto de males y denuncias y desprecia los temas recurrentes de explotación y dominación, para adentrarse en una narrativa intimista, plena de imaginación, llena de presente y de un pasado remoto y fugaz.

En su prolija obra cuentística, López Ortega se ha dedicado a narrar mundos íntimos y a contar su niñez, relatos que llegan a lo más profundo de la conciencia, descritos de forma minuciosa, pero sin explicaciones, ni búsqueda de causas o consecuencias. El tema dominación y engaño queda a un lado para dar paso al de las vivencias y experiencias del sujeto, entre ellas, las alegrías y decepciones amorosas, relaciones familiares y viajes por la geografía venezolana, todo concatenado con abundantes alusiones al fenómeno petrolero nacional.

En el próximo apartado se detallará con más exactitud esta visión de López Ortega, tomando como base la compilación *Río de Sangre* (2005), que incluye las siguientes obras: *Primeras Historias* (1982), *Cartas de Relación* (1982), *Calendario* (1989), *Naturalezas Menores* (1991) y *Lunar* (1998). Los cuentos plasmados en estas obras, aunque parecieran aislados, realmente podrían ser la concatenación de un gran viaje, real o imaginario, hecho por López Ortega a lo largo de su vida. Además, lo interesante es que el autor desarrolla la gran mayoría de su obra en el género cuentístico, el cual, según él, ha tenido más fuerza y ha sido el género “más logrado en toda la narrativa venezolana” (López, 2006: 2)

Los cuentos de Antonio López Ortega en *Río de Sangre* (2005) son relatos intimistas que podrían concatenarse en un gran relato o una gran experiencia de vida. El autor se esfuerza por recobrar las imágenes y representaciones de su interior, a partir de hechos reales o ficticios, con un lenguaje muy pulcro, estilizado, o como dijo Carlos Pacheco “una heterodoxia genérica. Cuentos

o minicuentos y otros poemas en prosa” (1999: 292).

Al hablar sobre López Ortega, Pacheco admite no tener la certeza si se está ante una obra cuentística o si se trata de un poemario amoroso. La confusión ante este metalenguaje es justificable pues se está ante un entrecruce de géneros como subproducto de la búsqueda de nuevos estilos y formas.

Estos relatos íntimos evocan constantemente el retorno a unos orígenes, a una infancia perdida y remota que se desarrolló en campos petroleros, pero también en ambientes urbanos emergentes: clubes, piscinas, universidades, barcos trasatlánticos, aviones comerciales, ciudades venezolanas y europeas, todo un mundo propio de una clase media-alta que se benefició de la renta petrolera.

Las múltiples alusiones a Lagunillas, Bachaquero y Falcón, donde la explotación petrolera por las transnacionales estaba en pleno apogeo y la faena en los campos petroleros era lo común, surgen esas imágenes que evocan mundos alternos. Todas estas representaciones se mezclan con una niñez de incógnitas, de vivencias, tal como se lee en lo siguiente:

Mi madre solía aventurarse por la carretera maltrecha que llegaba al puerto de Bachaquero. El carro avanzaba dando tropezones, cayendo religiosamente en los huecos anegados de lluvia y exponiendo el parabrisas a los chorros de agua marrón que salían expelidos por los charcos. (López, 2005: 317).

Son descripciones minuciosas de viajes de la infancia. Los múltiples retos en cada una de esas experiencias van acompañados por esa visión casi indiferente hacia lo que es el fenómeno petrolero en Venezuela. López Ortega sólo se preocupa en contar sus relatos sin adentrarse en reflexiones políticas, económicas o sociales de ningún tipo, sin reflexionar ni cuestionar las agresiones a la naturaleza a causa del desarrollismo y la explotación petrolera, pues sólo describe sus recuerdos personales, cargados de frustración en algunos casos.

El autor está inserto en ese proceso complejo que Uslar Pietri (1936) determinó al manifestar que “los venezolanos viven en la sociedad deformada que permitieron que el petróleo creara” (Uslar, 1935: 22). Se manifiesta en López Ortega una clase media desinteresada, deformada, desclasada, que vive en medio de un país modernizado -producto de la renta petrolera- pero que no tiene conciencia de la inmensidad de esta riqueza ni de las posibilidades que hay en ella, sino que sólo disfruta del consumo y de los cambios de vida, entre ellos el éxodo de pueblos enteros hacia los espacios urbanos como Caracas, ciudad a la cual el propio López Ortega ha llamado “inmenso quiste gris” (López, 2005: 51).

López Ortega vivió en ese tránsito de la vida de los pueblos hacia la emigración a las grandes ciudades. Al respecto Uslar Pietri (1983) escribió lo siguiente:

En los últimos cuarenta o cincuenta años de la historia de Venezuela, es decir, los últimos que hemos vivido, irrumpe en Venezuela un hecho sin precedentes, sin antecedentes de ninguna clase, que va a transformar todo, a estar presente en todas las formas de vida y a alterarla. Este hecho es la riqueza petrolera. (1983: 41).

Podría decirse que el autor se inserta en ese período en el cual se presentaron cambios significativos en las formas de vida, lo que él mismo refleja en sus cuentos, en los que describe y evoca momentos familiares en los campos petroleros y en las grandes ciudades venezolanas y europeas a las que tuvo la oportunidad de viajar y estudiar. La creación de López Ortega visualiza el espacio de poder o universo en el que se desarrolla su escritura, un espacio donde se desarrolló un sentido y unas prácticas sociales ajenas a la dura realidad que se vivía en los campos petroleros. Es preciso mencionar que Bordieu (1995) al tratar los aspectos del espacio social en la literatura, opone el campo literario con el campo de poder, polos en los que se ejercen fuertes interacciones y tensiones. “Las imposiciones inherentes a la pertenencia al campo de poder se ejercen

también sobre el campo literario” (Bordieu, 1995: 83). En López Ortega se representa a una clase social pudiente y acomodada que goza de la inmensa riqueza petrolera y su narrativa se deja ver como producto de la intersubjetividad del autor con el medio que lo circunda.

López Ortega alcanza a hacer algunas alusiones, que en el fondo podrían ser denuncias latentes, acerca de los efectos de la explotación petrolera sobre el ambiente, en especial sobre las hermosas playas y cocotales alrededor del Lago de Maracaibo, contexto en el cual se desarrolló buena parte de su niñez. “A pocos metros de nosotros, reposa el lago de Maracaibo, dragón dormido frente al azote de sus costas aceitosas” (López, 2005: 82). Es esta una afirmación cargada de nostalgia que llama a la conciencia en torno al impacto que ha tenido sobre el ambiente la explotación petrolera.

Más sorprendente aún es esta descripción que narra en el cuento “Carta al Amigo”, en su obra *Cartas de Relación* (1982):

Bajo el inmutable azul del firmamento, Lagunillas es una bailarina ciega que tropieza con los extremos de su propio escenario. A un lado, el Lago de Maracaibo, poblado hasta el horizonte de torres metálicas, atravesado constantemente por gabarras; al otro, un extenso arrenal donde esporádicos arbustos intentan ocultar la permanente actividad de los pozos petroleros. (López, 2005: 115).

Las descripciones sobre equipos, tecnología y todo lo relacionado a la explotación petrolera, se ve inmersa en esas historias, pero al parecer sólo con la única finalidad de contextualizar al lector en un lugar y una época contemporánea determinada donde se mezclan los ambientes mágicos con el amor, la decepción, la imposibilidad de comunicación y la frustración. En tal sentido, en la narrativa petrolera López Ortega es un autor que ejerce un quiebre de los temas tradicionales de dominación, explotación e imperialismo, para adentrarse hacia una temática experimental e intersubjetiva.

Se evidencia en López Ortega un intento por buscar nuevas formas. La búsqueda de nuevos temas y estilos narrativos llevan incluso al autor a despreciar el aporte de otros autores a quienes se les ha reconocido su obra y que incluso intentaron explicar y representar el fenómeno petrolero venezolano. Vale en este momento destacar la siguiente cita:

reléase tan sólo el verso atropellado, urbano y díscolo de Víctor Valera Mora para entender de buenas a primeras la inmensa incapacidad de toda una generación para adaptarse a un mundo irremediamente moderno en el que el tiempo se cifraba por el número de noticias que podía escupir un televisor o por la velocidad secuencial de una valla luminosa. (López, 1995: 44).

No obstante, este juicio, se queda en la superficie de la obra poética de Valera Mora, pues desconoce la profundidad discursiva del planteamiento estético valeramoriano, al solapar intencionalmente el esfuerzo sostenido y reiterado de un ars poética sustentada en un discurso amoroso desenfadado, un desmontaje de los metarrelatos modernos y de los discursos de poder.

López Ortega, pese a que es de esa generación que él llama incapacitada, se distancia de ella. A su juicio en esa época no se supo interpretar los cambios de la sociedad ni entender el proceso modernizador, incluso considera a esa generación como estancada en el lenguaje -nótese cómo se refiere de manera despectiva hacia el estilo de Valera Mora-. Ahora, pareciera que el escritor quiere pasar a una etapa en la que la intimidad y la experiencia personal sean los temas que priven en la narrativa venezolana. Una plétera de ensayos ha publicado sobre la necesidad de este proceso, entre esos el conocido “*Por una literatura menor*” donde aboga por una literatura que se dedique a testimoniar y a describir, más que a cuestionar.

López Ortega va frecuentemente hacia ese pasado de los pueblos donde vivió, hacia ese mundo ficcional o real de

múltiples referencias al pasado en los campos petroleros, a la naturaleza y a la vida de los pueblos, cuya vida se rige o regía por la faena en los pozos. El autor tiene un acercamiento con J.M. Villarroel París, quien evocando a Caripito escribió el siguiente poema:

En los manglares el agua está
tranquila
El tiempo queda estático y el viento
muere
Caripito es un manglar y cada casa
guarda para sí
esa visión pretérita del hombre
Por allí pasamos en cuadrillas rumbo
a Guanoco
donde los manglares tienen su cementerio
(...). (Villarroel, 1977: 15).

Se ve reflejada aquí esa visión de un pueblo en el que la vida y la misma naturaleza cambiaron para darle paso a la vorágine que trajo el petróleo. Villarroel París en sus múltiples descripciones sobre los campos petroleros de los pueblos orientales como Caripito, El Tigre, El Tejero y Caño San Juan, evocan también a ese Lagunillas, Bachaquero, a esa Sierra de Coro y Punta Cardón que tanto describe López Ortega. Sin embargo, este autor no asume el mismo cuestionamiento hecho por Villarroel París.

En López Ortega las alusiones a una naturaleza domada y destruida tienen una relación bastante cercana con la nostalgia de la infancia, de las playas de Lagunillas, de las palmeras y las arenas cálidas. Todas estas imágenes contrastan con lo que la narrativa presenta después: playas llenas de desechos, camiones que descargan cemento y asfalto a cuanto pueden, es decir, se implantó la modernización gracias al caudal de dinero de la renta petrolera. Es el petróleo que Pérez Schael (1993), parafraseando a Uslar Pietri, llamó sinónimo de dinero. “Si el petróleo era sinónimo de dinero, entonces si hubo siembra” (Schael, 1993: 51), en alusión directa a que el petróleo no se utilizó como materia prima para potenciar la producción del país, sino que el modelo rentista provocó

la ilusión de un desarrollo que acarreó una migración masiva hacia las ciudades de la zona norte- costera venezolana.

El éxodo hacia las ciudades, a consecuencia de la explotación petrolera y del abandono de los campos, está claramente representado en López Ortega, quien vivió el cambio de la vida rural hacia Caracas y luego hacia Europa. En su narrativa la ciudad representa la vida fugaz, alienada, plena de una rutina que enajena y de un smog que entristece. Los paseos en automóviles por las avenidas de la capital plasman esta visión:

Mi hermana y yo estamos contentos desde esta mañana porque papá ha prometido llevarnos a su casa por la avenida Boyacá. Claro que no es la vía directa, pero con eso vemos la ciudad desde lo alto y paseamos otro poco. Además, meterse por la Libertador en un día como este es como desperdiciar la memoria del sol. (López, 2005:51).

Paseos en autos y el transcurrir de la vida cotidiana se entremezclan con esas visiones íntimas tanto de la niñez como del presente. Más adelante en ese mismo cuento llamado “Casa Natal”, el autor expresa: “Cierro los ojos y trato de imaginarme un inmenso valle en su lugar” (Ídem: 51). Es la nostalgia la que se expresa aquí, la esperanza y la imaginación del posible López Ortega niño recién llegado a la capital. La narrativa del autor alude el impacto social que se produjo en el país luego del fenómeno petrolero, al tiempo que se interroga sobre su propio Ser y origen.

Los cuentos narrados en *Río de Sangre* parecen realmente la concatenación de un gran viaje que comienza en el extremo occidental de Venezuela, donde la riqueza petrolera y la naturaleza mágica se mezclan. Todos estos textos forman parte de un gran relato, el viaje largo por el que se entrecruza el fenómeno nacional del petróleo con la vivencia personal, El propio autor describe su experiencia intersubjetiva en la “Carta al Padre”: “Pero nuestro paisaje papá, siempre será un paisaje movedido, siempre será visto y definido a través de la ventanilla de un automóvil” (Ídem: 100).

El cansancio que produce la vida urbana y la rutina del trabajo en la ciudad es la consecuencia de la vida agitada de esa capital, que se convirtió en urbe prácticamente a regañadientes, por la necesaria modernización que produjo un torrente de riqueza “venido de la nada”, según Uslar Pietri. El desasosiego se refleja en esa necesidad del autor en buscar refugio y en la necesidad de aislarse que se percibe en frases como estas: “La playa no es rocosa, quizás demasiado plana, perfecta para contrarrestar los temores urbanos” (López, 2005: 66).

El escritor quiere llegar a la vida cotidiana, apartarse de los temores de la rutina diaria, dejando de lado la política, la economía o temas como el imperialismo para en contraposición presentar una experiencia personal, subjetiva e intersubjetiva. Pareciera que para López Ortega la literatura venezolana debe irse por esos caminos donde sólo importa el “Yo” y donde el cuestionamiento se ve diluido en un mar de miradas subjetivadas.

López Ortega representa en su narrativa a una clase media que aprovechó el auge petrolero y vivió plena de comodidades y viajes, al margen de cualquier vestigio de crítica sobre exclusión o dominación. El campo literario en el que se circunscribe el autor es el de un sector de la sociedad y de un grupo de intelectuales que ven el fenómeno social- político- petrolero venezolano como un mal necesario donde no vale la pena detenerse en causas o consecuencias.

López Ortega buscó romper los esquemas que hasta el momento se habían representado en la narrativa petrolera. Su visión lo lleva a enfocar sus escritos a partir de la intersubjetividad, en una mirada interna hacia sí mismo y hacia su contexto personal.

Sus constantes evocaciones hacia los artefactos tecnológicos propios de la explotación petrolera, además de sus remembranzas del Lago de Maracaibo, sus vivencias en Lagunillas, Bachaquero, Falcón, Guárico, Cabimas, y sus soslayadas y muy

suaves críticas hacia el progreso tecnológico (ciudades, autos, camiones, cemento, asfalto), lo colocan en la narrativa actual contemporánea del fenómeno petrolero nacional.

La búsqueda de nuevos temas en la literatura petrolera parece ser el norte de este escritor que aún tiene mucho por recorrer y que sigue su prolija obra tanto en el género cuentístico como la crítica, el ensayo y la novela, aunque en este último género no tenga todavía mayor fuerza. La experiencia de conocer la narrativa de López Ortega lleva incluso a mirar a profundidad el lenguaje que emplea, un discurso cargado de heterogeneidad, donde se concatenan prosa, verso, cuento, minicuento, relato de ficción y relato autobiográfico, un estilo donde las fronteras se desdibujan y el lector viaja incesantemente por la recreación de espacios urbanos y rurales signados por el boom petrolero venezolano.

Referencia Bibliográfica:

- Bordieu, Pierre. (1995). *Las reglas del arte*. Editorial Anagrama: Barcelona.
- Campos, Miguel A. (2005). *Desagravio del mal. Ensayo*. Biblioteca Fundación Bigott, Caracas.
- Carrera, Gustavo L. (2005). *La novela del petróleo*. Publicaciones del Vicerrectorado Académico de la Universidad de Los Andes, Segunda Edición, Mérida.
- Dávila, Luis R. (1996). *Venezuela: La Formación de las Identidades Políticas. El caso del discurso nacionalista (1920-1945)*. ULA, Consejo de Publicaciones. Mérida, Venezuela.
- López O., Antonio. (2005). *Río de Sangre*. Editorial Mondadori, Caracas.

_____. (1995). *El Camino de la Alteridad*. Fondo Editorial Fundarte, Caracas.

_____. (2006). *Las voces secretas. El nuevo cuento venezolano*. Alfaguara, Caracas.

Pacheco, Carlos. (2001). *La Patria y el Parricidio*. Ediciones El otro, El mismo. 1era edición, Mérida, Venezuela.

Pérez Schael, María Sol. (1993). *Petróleo, cultura y poder en Venezuela*. Caracas: Monte Ávila Editores.

Uslar P., Arturo. *Los venezolanos y el Petróleo*. Ediciones Banco de Venezuela, Caracas.

Villarroel P., J. (1979). *De un pueblo y sus visiones*. Universidad de Carabobo, Valencia.

